

JIMÉNEZ-MONTES, G. (2022). *A dissimulated Trade. Northern European Timber Merchants in Seville (1574-1598)*. Leiden: Brill, 260 pp. ISBN: 978-90-04-46018-8.

El estudio de las colonias de mercaderes extranjeros asentados fuera de su país de origen ha gozado siempre de un gran predicamento historiográfico y son muy numerosas las publicaciones que hay sobre dicho contenido. El libro que comentamos se inscribe dentro de esta temática, en este caso el análisis de la comunidad flamenca en la ciudad de Sevilla en la época de Felipe II con su peculiar incidencia en los negocios que se movían alrededor de sus atarazanas y, por extensión, en la Carrera de Indias. Para ello se parte del estudio riguroso de las fuentes notariales conservadas en dicha ciudad, junto con las del Archivo General de Simancas. Lamentablemente echamos en falta la consulta de la documentación de los riquísimos archivos de Bélgica y Holanda, que le hubieran servido al autor de obligado contraste con las fuentes españolas y, especialmente, le hubieran servido para cuantificar y matizar algunos de sus resultados.

El libro se estructura en seis capítulos, más conclusiones y anexos. Los tres primeros están dedicados a analizar las características de la comunidad flamenca asentada en Sevilla en los años 1574-1598. El libro comienza con un estudio del contexto político internacional en la época de Felipe II y sus consecuencias en el comercio con el norte de Europa en medio de los conflictos bélicos con Inglaterra, Francia y, de manera especial,

ante la sublevación de los Países Bajos. Aquí se destacan los problemas de abastecimiento de determinadas mercancías, como los efectos navales y la madera, las consecuencias de los embargos y el control de la población extranjera, en este caso flamenca, por motivos religiosos. A continuación, se aborda el análisis de las atarazanas de Sevilla y de los mercaderes que se movían en dicho negocio, vital para la Carrera de Indias. En suma, estamos ante un grupo reducido de personas, en el cual los originarios de Flandes consiguieron introducirse de una manera destacada en esos años, acaparando muchos de los contratos que se hicieron para el abastecimiento y la construcción de barcos. Familias flamencas, que al igual que hicieron otras, como las italianas, francesas, portuguesas en Sevilla y Cádiz en la edades medieval y moderna, o las castellanas en los Países Bajos, Italia y Francia, adoptaron políticas de inserción en la sociedad y en las elites locales, sin desdeñar reforzar sus lazos de pertenencia nacional mediante matrimonios y contratos mercantiles. En suma, una mezcla entre integración y/o mantenimiento de las identidades nacionales con el fin de prosperar en los negocios y romper las trabas que se fueran imponiendo en cada momento.

Los tres capítulos restantes se dedican a analizar el comercio entre Andalucía y los Países Bajos y, de manera especial, al dedicado al intercambio de madera. Aquí son destacables sus apreciaciones acerca de la importancia del comercio que se efectuaba de manera directa entre ambos territorios, cuestión que a menudo se ha marginado

historiográficamente, ya que se hablaba sobre todo de las conexiones peninsulares entre la costa cantábrica y el mar del norte, marginando las que se establecieron con el sur andaluz, haciendo a menudo escala los navíos en Portugal. Fenómeno que no solo es de finales del siglo XVI, sino que viene desde la Edad Media. Para hacer dicho comercio los mercaderes flamencos asentados en Sevilla recurrieron a la contratación de acuerdos, tanto mercantiles como financieros, con miembros de su colonia, lo que no les impedía hacerlos también con gentes externos, actuando como comisionistas, especialmente si los negocios giraban en torno a las atarazanas.

A continuación, Germán Jiménez-Montes se detiene en el comercio entre Andalucía y los Países Bajos, destacando la importancia de las importaciones de madera que, procedente de las tierras bálticas, llegaban a través de las conexiones entre Amsterdam y Sevilla. Aquí los nexos familiares y de confianza son para él los esclarecedores de la prosperidad de dicho comercio. Junto a este producto estarían la sal andaluza y el trigo del mar báltico, fundamental en las épocas de carestía. Sin embargo, creo que el autor sobrevalúa en exceso el peso del comercio de la madera —incluso dando lugar al título de su libro— frente a otras mercancías, así como en el conjunto del comercio procedente de los Países Bajos, hispánico y holandés. Por un lado, resulta, cuanto menos extraño, la escasa relevancia que da a las importaciones textiles (anascotas, holandas, tapicerías, lienzos, etc.), que en esos años llegaron a raudales a la Península Ibérica —muchas

por vía de los puertos andaluces—, una parte de las cuales estaban destinadas a los mercados americanos, tal como han comprobado diversos historiadores. Igualmente, sorprende que el comercio de la madera, que en las detalladas cuentas de 1552-1553 sólo representaba la exigua cantidad del 0,57% del total de los productos que se importaron desde dichos territorios a toda la Península Ibérica, adquiriera tanta relevancia treinta años más tarde. Quizás haber tomado únicamente el observatorio de los protocolos notariales sevillanos haya inducido a dicha apreciación. Pero queda abierta la puerta a futuras investigaciones que nos aclaren dicho espectacular crecimiento.

El último capítulo está dedicado al estudio del abastecimiento a la Carrera de Indias y la flota real a través de las atarazanas sevillanas. Se analiza su funcionamiento y la burocracia que giraba en torno a ellas, junto al gran número de negociantes interesados en participar en la construcción de navíos, su aprovisionamiento y demás necesidades. Aquí es donde imperaban los flamencos, cuyos muchos contactos les permitían dominar dichas actividades. De igual manera que en el comercio de madera del norte de Europa con Andalucía, la visión que da el autor de este libro está demasiado condicionada por el observatorio sevillano. En el aprovisionamiento de naves para la Carrera de Indias en estos años, tal como demuestran, entre otros, los trabajos de A. Aragón, L. Odriozola, M. Barkham, I. Irijoa y J. A. Azpiazu, siguieron siendo fundamentales los astilleros vascos, apoyados por la poderosa colonia

guipuzcoana asentada en Sevilla, tanto en el aprovisionamiento de materiales (madera, hierro y armas) como en la venta de barcos enteros. Fueron el origen de muchas de las fortunas de numerosas dinastías de aquellas tierras, que por otro lado mantuvieron fuertes nexos con las elites mercantiles andaluzas. Habría que ver qué conexiones mantuvieron con las atarazanas de Sevilla, ya que fueron negocios complementarios y no rivales.

En suma, estamos ante un libro muy interesante, que viene a cubrir varios vacíos historiográficos, especialmente en lo que se refiere al estudio de la colonia

mercantil flamenca en el siglo XVI y su peso en la construcción y abastecimiento de barcos para la Carrera de Indias. Confirma, pues, desde otro ángulo, la importancia de Sevilla en el conjunto de la economía internacional de aquel momento. Papel que nunca hemos de considerar periférico sino central, frente a lo que en ocasiones sostiene alguna historiografía extranjera. De ahí que atrajera a numerosos mercaderes extranjeros, en este caso flamencos.

Hilario CASADO ALONSO
Universidad de Valladolid